

un salario de cuarenta ducados, para que vayan á desempeñar á dos ó tres millas á la redonda, las más penosas é ingratas funciones, de noche y de día, bajo los rayos del sol ó el agua de la lluvia, en medio de las nieves ó de los hielos. De treinta años á esta parte, se ha tratado de asegurar y aumentar su sueldo; en caso de no llegar éste á la suma de 500 libras en el cura ó de 200 en el vicario en 1768, ó á la de 700 y 350 respectivamente en 1785, el beneficiado, colador ó diezmero de la parroquia, debe suplir lo que falte para formarla. En rigor, dado el precio de las subsistencias, un hombre puede con estas sumas mantenerse. Pero vive entre miserables á quienes ha de dar limosna, y conserva en el fondo de su corazón una secreta acrimonia contra el opulento ocioso, que con la bolsa repleta, le manda administrar caridad con los bolsillos vacíos. En San Pedro de Barjouville, en el Toulousain, el arzobispo de Tolosa cobra la mitad de los diezmos, y todas sus limosnas se reducen á ocho libras por año; en Bretx, el cabildo de Isla Jourdain que percibe la mitad de ciertos diezmos y las tres cuartas partes de los restantes, da diez libras; en Croix Falgarde, los benedictinos á quienes pertenece la mitad del diezmo, dan diez libras anuales, lo cual puede verse en la página 86 de *l'Agriculture et les classes rurales dans le pays Toulousain*, de Théron de Montaugé. En Santa Cruz de Bernay, en Normandía, como es de ver en la *Feunese de Robespierre*, por Perni, en Bovin-Chanpeaux, p. 65 y 68, en Hippeau y en las cartas de M. Sargent cura de Vallers, y de M. Brisard cura de Beaumont le Roger, diócesis de Evreux, el abad forastero que cobra 57.000 libras, da 1050 al cura que carece de presbiterio, y cuya parroquia tiene 4.000 comulgantes. En Saint-Aubin-sur-Gailon, el abad, gran diezmero da 350 libras al vicario que tiene la obligación de ir á cuestear trigo, pan y patatas á la aldea. En Plessis Hébert «no teniendo el ecónomo con que vivir, se ve en la necesidad de ir á buscar su comida á casa de los curas vecinos.» En el Artois, donde generalmente el diezmo llega á absorber del 7 $\frac{1}{2}$ al 8 $\frac{1}{2}$ de los productos de la tierra, muchos curas están sin presbiterio y con un mezquino sueldo; su iglesia se arruina, y el beneficiado nada da á los pobres. «En Saint-Laurent, de Normandía, el curato sólo da 400 libras que el cura parte además con un encargado del obituario, y tiene 500 habitantes, cuyas tres cuartas partes son pobres de solemnidad.» Como por regla general, las reparaciones del presbiterio y de la iglesia van á cargo de un señor ó de un beneficiado con mucha frecuencia ausentes, cargado de deudas ó indiferente,

sucede á veces que el sacerdote no sabe dónde alojarse ni dónde celebrar la misa. «Llegué, dice un cura de Turena al mes de Junio de 1788... El presbiterio hubiera parecido una horrible bodega á no estar abierto á todos los vientos y á la escarcha,» en la parte baja dos piezas embaldosadas sin puertas ni ventanas de cuatro piés y medio de altura, y otra embaldosada también y de seis piés, sirviendo á un tiempo mismo de salón, cuarto, cocina, lavadero, panadería y de sumidero para las aguas del corral y del huerto, encima tres piezas parecidas, y todo absolutamente agrietado, abierto, amenazando ruina y sin puertas ni ventanas que cierren» y en 1790, todavía no se había llevado á cabo su reparación. Véase por contraste el lujo de los prelados que tienen medio millón de renta, la pompa de sus palacios, los trenes de caza de M. de Dillon, obispo de Evreux, los confesonarios forrados de raso de M. de Barral, obispo de Troyes, la interminable batería de cocina, de plata macisa de M. de Rohan, obispo de Strasbourg. Tal es la suerte de los curas de mezquino salario y «hay muchos» que ni siquiera este tienen, porque la mala voluntad del alto clero les excluye de él, que con lo eventual no perciben más de 400 á 500 libras, y que reclaman en vano el flaco sustento á que tienen derecho en virtud del último edicto. «Semejante reclamación, dice un cura, ¿no debería ser favorablemente atendida por los señores del alto clero que permiten á los monjes el disfrute de 5 á 6.000 libras de renta por individuo, mientras ven á los curas, tan necesarios por lo menos como ellos, reducidos á la más mínima porción, lo mismo para sí que para su parroquia? Y todavía se merma este flaco sustento para satisfacer el donativo voluntario. En esto como en lo demás, los pobres están encargados de aliviar á los ricos. En la diócesis de Clermont «los curas, aun los de mezquino sueldo están gravados con la cuota de 60, 80, 100 y 120 libras ó más; los vicarios que sólo viven del fruto de sus sudores, lo están con 22 libras.» Por el contrario, los prelados pagan poco y «aun tienen la costumbre de presentar la indemnización de su cuota al obispo por medio de los aguiñaldos de primero de año; lo cual puede verse en las quejas de los recargos que sufre la gente del tercer estado, descritas por Gautier de Biauzart. No hay recurso para los curas. Excepción hecha de tres ó cuatro obispos pequeños—de lacayos—todas las dignidades eclesiásticas se reservan para la nobleza, «para ser obispo hoy día, dice uno de ellos, es necesario ser gentil-hombre.» Parécenme sargentos que, como los de la milicia, perdieron la esperanza de

llegar á oficiales. Por esto hay algunos en quienes la cólera desborda. «Nosotros, infelices curas de misa y olla, nosotros encargados generalmente de las más importantes parroquias, tales por ejemplo como la mía que tiene dos leguas de bosques y caseríos con los que podría formarse otra, nosotros cuya suerte hace clamar á las piedras y las vigas de nuestros miserables presbiterios» nosotros sufrimos prelados «que todavía mandarían á sus guardas instruir un proceso contra el desgraciado cura que cortara en sus bosques un palo, su único sostén en las largas correrías que hace por todos los caminos.» A su paso, el infeliz «véase obligado á echarse de bruces sobre un talud para escapar de las patas y de las salpicaduras de sus caballos, lo mismo que de las ruedas y tal vez del látigo de un cochero insolente» y luégo, «lleno de lodo, con su miserable palo en una mano y el dudoso sombrero en la otra, tiene que saludar humilde y apresuradamente á través de la portezuela del coche cerrado y dorado la postiza jerarquía, hinchándose sobre la lana del rebaño que el pobre cura va apacentando, y del cual no le deja más que el barro y la suarda.» La carta entera es como un prolongado grito de rabia; rencores parecidos formarían los José Lebon y los Fouché. En esta situación y con tales sentimientos, manifiesto es que el bajo clero tratará á sus jefes como la nobleza de provincia trató á los suyos (1).

Ya no elegirá «para representantes suyos á los que nadan en la opulencia y le vieron tranquilamente sufrir de continuo.» En todas partes los curas «se asocian» para no mandar á los Estados generales sino curas, y excluir «no sólo á los canónigos, abades, priores y demás beneficiados, sino también á los más elevados superiores, á los jefes de la jerarquía» esto es: á los obispos. En efecto, de 300 diputados del clero se cuentan en los Estados generales, 208 curas, y al igual de la nobleza de provincia traen con ellos la desconfianza y la mala voluntad, que contra sus jefes alimentan desde antigua fecha. De ello se apercibirán repentinamente en la desgracia. Si los dos primeros Estados se ven obligados á reunirse con él de las municipalidades, es por la defección de los curas en el momento crítico. Si se rechaza la institución de una cámara alta, es porque

(1) Hippeau VI, 164—carta del cura de Marolles y otros trece. Carta del obispo de Evreux de 20 Marzo 1789, carta del abad de Osmond 2 Abril 1789. — *Archivos nacionales*, actas manuscritas de los Estados generales, t. 148, p. 245 y 257. *Memorias de los curas de Tolosa* t. 150, p. 282, *Representaciones del cabildo de Dijon*.

la plebe de los gentil-hombres no quiere sufrir ya en las familias principales una prerogativa de que abusó.

V

Queda un último privilegio, el más enorme de todos, el del rey; porque en el estado mayor de nobles hereditarios, él es el general hereditario. A la verdad, su empleo no es una prebenda como su categoría, pero sufre inconvenientes igualmente graves y tentaciones peores. Dos cosas son para el hombre perniciosas, la falta de ocupación, y la falta de freno; ni la ociosidad, ni la omnipotencia están conformes con su naturaleza, y el príncipe absoluto que puede hacerlo todo, lo mismo que la desocupada aristocracia que nada tiene que hacer, acaba por hacerse inútil y malhechor. De una manera insensible, acaparando todos los poderes el rey se encargó de todas las funciones; tarea inmensa que sobrepuja las fuerzas humanas. Porque no es la Revolución, sino la monarquía la que implantó en Francia la centralización administrativa; verdad capital establecida por M. de Tocqueville con una perspicacia superior. Bajo la dirección del consejo real, tres funcionarios subordinados uno á otro, esto es, el director general en el centro, el intendente en cada provincia, y el subdelegado en cada distrito electoral dirigen todos los asuntos, fijan, reparten y hacen efectivas la contribución y la milicia, trazan y mandan construir las carreteras, emplean la policía de seguridad, distribuyen los socorros, reglamentan el cultivo, imponen su tutela á las parroquias, y tratan como criados á los magistrados municipales. Según Turgot, y también Necker en su memoria dirigida al rey. «Una aldea no es más que un conjunto de casas, de chozas y de habitantes tan pasivos como ellos.» «Vuestra Majestad está obligado á resolverlo todo por sí mismo, ó por sus mandatarios. Todos aguardan vuestras órdenes especiales para contribuir al bien público, para respetar los derechos ajenos y á veces hasta para usar de los propios.» Por consiguiente, añade Necker, «Francia está gobernada desde el fondo de las oficinas... Los comisionados revestidos con su influencia, nunca dejan de persuadir al ministro que no puede dispensarse de dirigir ni el menor detalle.» Burocracia en el centro, arbitrariedad, excepciones y favores en todas partes, tal es el resumen del sistema. «Subdelegados, empleados de circunscripción, directores, cobradores é interventores de vigésimas, comisarios y recaudadores de contribuciones, empleados de consumos y de hacienda, ujieres, so-

brestantes, comisionados de intervención, de derechos reservados, toda esa gente de la tributación, cada uno según su carácter, sujetan á su pequeña autoridad y envuelven en su ciencia fiscal á los contribuyentes «ignorantes é inhabilitados de conocer si se les engaña,» pues según Malessherbes, «el que paga nunca puede saber lo que debe. El arrendatario es legislador soberano en las cuestiones que forman el objeto de su interés personal. Toda investigación en que se consiguen los intereses de una

provincia ó de la nación entera, se considera como una punible temeridad si la suscribe un particular, y como una asociación ilícita si va firmada por muchos. Una grosera centralización sin compensaciones, sin publicidad, sin uniformidad instala en todo el territorio un ejército de pequeños pachas que fallan como jueces las diferencias en que ellos son parte, reinan por delegación y para autorizar sus investigaciones ó sus insolencias, tienen siempre en boca el nombre del rey que se ve precisado á dejar-



MAUREPAS

les hacer. En efecto, por su complicación, su irregularidad y su magnitud, la máquina no tiene por donde cogerse. Un Federico II que se levanta á las cuatro de la mañana, ó un Napoleon que dicta durante la noche metido en el baño y trabaja diez y ocho horas cada día, bastarían apenas para semejante tarea. Un régimen parecido no anda sin una atención siempre en actividad sin una energía infatigable, sin un discernimiento infalible, sin una severidad militar, sin un genio superior; sólo con estas condiciones puede cambiarse en autómatas á 25 millones de hombres, y sustituir á la abolida voluntad de los últimos, la voluntad de aquel siempre lucida en todas partes, en todas partes coherente, presente por doquiera. Luís XV deja que «la buena máquina» marche sola y se parapeta en su apatía. Ellos lo quisieron así; ellos pensaron que esto sería para mayor bien.» Tal es, según las Sras. de Campan y de Han-

net en sus memorias, su manera de hablar, «cuando las disposiciones de los ministros no dan buen resultado.» «Si fuese yo lugarteniente de policía, decía también, prohibiría los cabriolés.» El bien conoce que la máquina se disloca, pero nada puede hacer y nada hace en ello. En caso de desgracia ya tiene su reserva privada, su bolsa particular. «El rey, decía la Sra. de Pompadour, firmaría sin vacilar por un millón, y daría con sentimiento cien luises de su tesoro particular.» Luís XVI, prueba de suprimir durante algún tiempo muchas ruedas, introducir otras mejores y suavizar los roces de los demás, pero las piezas pesan demasiado y están harto enmohecidas; no puede ajustarlas, armonizarlas ni mantenerlas en su sitio, y su mano cae fatigada é impotente. Se contenta con ser económico para sí; anota en su diario la recomposición de un reloj de bolsillo y deja el carro público en manos de Calonne, cargarse con menos

abusos y volver á entrar en los carriles de los que ya no saldrá sino rompiéndose.

Indudable es que el mal que hacen ó hicieron en su nombre le disgusta y apena, pero en el fondo su conciencia no se inquieta. Pueden tener compasión del pueblo, pero se consideran culpables para con él, porque es su soberano y no su mandatario. Francia es á él lo que un dominio á su señor, y un señor no se deshonra porque sea pródigo ó negligente. Lo que disipa es su patrimonio, y nadie tiene derecho

á pedirle cuentas. Fundada sobre el señorío feudal, la realeza es como él una propiedad, una herencia y sería infidelidad, casi traición en un príncipe, y en todo caso, debilidad y bajeza, dejar que pasara á manos de sus vasallos una porción cualquiera del depósito, que intacto recibió de sus mayores para intacto transmitirlo á sus descendientes. No solamente es jefe propietario de los franceses y de Francia por la tradición de la Edad media, sino también por la teoría de los legistas, pues por ella, como César, es el



QUESNAI

único y perpétuo representante de la nación, y según la doctrina de los teólogos es como David, el delegado sacro y especial del mismo Dios. Con todos estos títulos, maravilla fuera que no considerara la renta pública como su renta particular, y que no obrara en consecuencia muchas veces. En esto, nuestro punto de vista es tan opuesto, que difícilmente podemos colocarnos en el suyo; pero el suyo era entonces el de todos. En aquel tiempo, parecía tan extraño el ingerirse en los asuntos del rey como en los de un particular. Sólo á fines de 1788, como puede verse en *Gustavo III y la corte de Francia* de Geffroy II, 474 y en la correspondencia de Francia que se halla en el archivo de Dresde, es cuando en el famoso salón del *Palais-Royal* «con un atrevimiento y una sinrazón inconcebibles, se pretende que en una verdadera monarquía las rentas del Estado no deben estar á merced del soberano, que sólo se le debe conceder una suma bastante para los gas-

tos de su casa, sus donativos, las mercedes á sus criados y también para sus diversiones, y que lo restante debe depositarse en el Tesoro real para no invertirlo sino en los objetos sancionados por la Asamblea de la Nación.» Reducir al príncipe á una lista civil, meter mano á las nueve décimas partes de su renta, prohibirle los recibos al contado, ¡qué atentado! La sorpresa no sería mayor si ahora se propusiera hacer dos partes en la renta de cada millonario, concederle la menor para su sustento y poner la mayor en la caja de depósitos, para no gastarla más que en obras de utilidad pública. Un antiguo arrendatario general, como puede comprobarse en las memorias de Augeard, hombre de ingenio y despreocupado, para justificar la compra de Saint-Cloud, escribe seriamente: «Esto era una sortija en el dedo de la reina.» La verdad es que esta sortija costaba 7.700.000 francos. Pero «el rey de Francia tenía entonces 477 millones de renta. ¿Qué se diría de un